

Comentarios Auxiliares de Elena G de White

Ministerios PM

WWW.PMMINISTRIES.COM

Hombre rico, hombre pobre

Lección 6



Para el 10 de Febrero del 2007

Sábado 3 de febrero

Desde el punto de vista del cristiano, el amor es poder. Este principio involucra fuerza intelectual y espiritual. El amor puro tiene especial eficacia para hacer el bien, y no puede hacer sino bien. Acaba con la discordia y la miseria y reporta la felicidad más genuina. La riqueza a menudo corrompe y destruye; la fuerza puede dañar; pero la verdad y la bondad son propiedades del amor puro (Dios nos cuida, p. 53).

Embargado por un deseo avasallador de superar en ostentación a las demás naciones, el rey pasó por alto la necesidad de adquirir belleza y perfección de carácter. Al procurar glorificarse delante del mundo, perdió su honor e integridad. Las enormes rentas adquiridas al comerciar con muchos países, fueron suplementadas por gravosas contribuciones. Así el orgullo, la ambición, la prodigalidad y la sensualidad dieron frutos de crueldad y exacciones. El espíritu concienzudo y considerado que había señalado su trato con el pueblo durante la primera parte de su reinado, había cambiado. Después de haber sido el gobernante más sabio y más misericordioso, degeneró en un tirano. Antes había sido para el pueblo un guardián compasivo y temeroso de Dios; pero llegó a ser opresor y déspota. Cobraba al pueblo un impuesto tras otro, a fin de que hubiese recursos con que sostener una corte lujosa (Profetas y Reyes, p. 39).

Domingo 4 de febrero: Dios en el cielo, la humanidad en la tierra

Era necesario un ejemplo especial [la muerte de Ananías y Safira] para guardar a la joven iglesia contra la desmoralización; porque su número aumentaba rápidamente. De este modo se dio una advertencia a todos los que profesaban a Cristo en aquel entonces, y a todos los que más tarde habían de profesar su nombre, respecto de que Dios requiere fidelidad en el cumplimiento de los votos. Pero a pesar de este notable castigo del engaño y la mentira, los mismos pecados han sido con frecuencia repetidos en la iglesia cristiana, y son muy difundidos en nuestra época. Se me ha mostrado que Dios dio ese ejemplo como amonestación a todos los que se viesan tentados a actuar de manera similar. El egoísmo y el fraude se practican diariamente en la iglesia, al retener ésta los recursos que Dios exige, robándole así y poniéndose en conflicto con los arreglos que él ha hecho para difundir la luz y el conocimiento de la verdad por toda la anchura y longitud de la tierra (Joyas de los Testimonios, 1. 1, p. 543).

Una iglesia es responsable de las promesas hechas por sus miembros individualmente. Si ve que algún hermano descuida el cumplimiento de sus votos, debe trabajar con él bondadosa pero abiertamente. Si está en circunstancias tales que le resulta imposible pagarlo, si es un miembro digno, de corazón voluntario, entonces ayúdele compasivamente la iglesia. Así pueden sus miembros salvar la dificultad y recibir ellos mismos una bendición.

Dios quiere que los miembros de su iglesia consideren que sus obligaciones hacia él son tan válidas como sus deudas con el negociante o el mercado. Repase cada uno su vida y vea si hay promesas que no han sido pagadas ni redimidas por descuido y luego haga esfuerzos extraordinarios para pagar hasta "el último maravedí" (Lucas 12:59); porque todos habremos de hacer frente al arreglo final de un tribunal cuya prueba podrán soportar sólo quienes hayan sido íntegros y veraces (Joyas de los Testimonios, 1. 1, p. 554).

Dios ha dispuesto que la proclamación del evangelio dependa de las labores y dádivas de su pueblo. Las ofrendas voluntarias y el diezmo constituyen los ingresos de la obra del Señor. De los medios confiados al hombre, Dios reclama cierta porción: la décima parte. Los deja libres a todos de decir si han de dar o no más que esto. Pero cuando el corazón se conmueve por la influencia del Espíritu Santo, y se hace un voto de dar cierta cantidad, el que ha hecho el voto no tiene ya ningún derecho a la porción consagrada. Las promesas de esta clase hechas a los hombres serían consideradas como obligación; ¿y no son más obligatorias las que se hacen a Dios? ¿Son las promesas consideradas en el tribunal de la conciencia menos obligatorias que los acuerdos escritos de los hombres? (Los hechos de los Apóstoles, p. 61).

Lunes 5 de febrero: Hombre pobre

Sin embargo, es muy cierto que el orgullo de clase y la opresión de los pobres que prevalecen en el mundo, también existen entre los seguidores profesos de Cristo. En el caso de muchos, parecería que se han congelado los afectos que deberían manifestarse plenamente hacia la humanidad. Los hombres se apoderan de los dones confiados a ellos para que beneficien a otros. Los ricos abusan de los pobres y emplean los recursos así ganados para complacer su orgullo y su amor a la ostentación aun en la casa de Dios. Los pobres llegan a sentir que resulta demasiado costoso para ellos asistir a los servicios de adoración a Dios. Muchos piensan que sólo los ricos pueden dedicarse a la adoración pública de Dios en una forma adecuada como para causar una buena impresión en el mundo. Si no fuera porque el Señor manifestó su amor a los pobres y humildes que experimentan contrición de espíritu, este mundo sería un lugar muy triste para los pobres...

El Redentor del mundo fue hijo de padres pobres, y cuando en su infancia fue presentado en el templo, su madre pudo llevar tan sólo la ofrenda establecida para los pobres: un par de tórtolas o dos palominos. Él constituyó el don más precioso hecho por el cielo a nuestro mundo,

un don que escapa a todo cálculo, y sin embargo se dio testimonio de él sólo mediante la ofrenda más pequeña. Nuestro Salvador, durante su estada en el mundo, compartió la suerte de los pobres y humildes. La abnegación y el sacrificio caracterizaron su vida (Consejos sobre Mayordomía Cristiana, pp. 166, 167).

Si hoy día se practicaran en el mundo los principios de las leyes de Dios concernientes a la distribución de la propiedad, ¡cuán diferente sería la condición de la gente! La observancia de estos principios evitaría los terribles males que en todas las épocas han provenido de la opresión ejercida por el rico sobre el pobre, y el odio de éste hacia aquél. Al par que impediría la acumulación de grandes riquezas, tendería a impedir la ignorancia y degradación de decenas de miles de personas, cuyo mal pagado servicio contribuye a la acumulación de esas fortunas colosales. Contribuiría a obtener una solución pacífica de los problemas que amenazan ahora con llenar al mundo de anarquía y derramamiento de sangre (La Educación, p. 44)

Los males que existen en la sociedad humana, nunca debieran ser aceptados entre los cristianos. No debiera haber simpatía por el rico que oprime al pobre, ni por el pobre que siente celos y envidia del rico. Tampoco debieran pasarse por alto las trampas de los influyentes y poderosos contra los débiles y desposeídos. Todos somos hermanos ante el Dios del cielo, quien es imparcial y equitativo. Es más: Dios demanda que abramos ampliamente nuestras manos hacia el necesitado y que tengamos compasión de los afligidos y sufrientes. Si no escuchamos sus clamores, también el Señor dejará de escuchar nuestras oraciones cuando clamamos por ayuda.

Si tenemos el espíritu de Cristo, trataremos a todos como hermanos. Honraremos al discípulo que es humilde y lo visitaremos en su pobre vivienda, porque Dios lo ama tanto como a los otros; quizá puede amarlo aún más, porque él no reconoce casta ni rango; no evalúa a los seres humanos por su riqueza o su grandeza intelectual, sino por su unión con Cristo. Es la pureza del corazón y la grandeza de propósito lo que constituye el verdadero valor de una persona. Si le damos atención al rico y descuidamos al pobre, el Señor podría hacernos pasar por una experiencia similar a la de aquellos que tratamos de evitar, pasando por el otro lado del camino (Review and Herald, Octubre 16, 1891)

¿Cuánto tiempo soportará el Señor que los ricos opriman a los pobres para amontonar fortuna? Están incrementando sus tesoros para los postreros días pero los están colocando donde no les traerán ningún bien. Para aumentar sus riquezas le roban al pobre, y el clamor de los hambrientos no les suena más fuerte que el ladrido de un perro. Sin embargo, el Señor registra cada acto de opresión; ningún clamor de los sufrientes queda fuera de su atención. Aquellos que hoy hacen planes siniestros para obtener más dinero a costa del hambre y la miseria del pobre, en aquel gran día del juicio se encontrarán cara a cara con sus actos de opresión y de injusticia (Manuscript Releases, V. 4, p. 78).

Martes 6 de febrero: El rey y el campo

No debe haber monopolio de lo que, en cierta medida, pertenece a todos, encumbrados y humildes, ricos y pobres, sabios e ignorantes. Ningún rayo de luz debe ser estimado en menos que su valor, ningún rayo debe ser cegado ni pasar inadvertido, ni siquiera ser reconocido de mala gana. Desempeñen todos su parte para la verdad y la justicia. Los intereses de las diferentes clases de la sociedad están indisolublemente unidos. Estamos todos entrettejidos en la gran trama de la humanidad, y no podemos retirar nuestras simpatías unos de otros, sin que haya pérdida. Es imposible que se conserve una influencia sana en la iglesia cuando no existen esta simpatía y este interés recíprocos (Obreros Evangélicos, p. 346).

Debía hacerse comprender a todos que los pobres tienen tanto derecho como los más ricos a un sitio en el mundo de Dios. Tales fueron las medidas que nuestro Creador misericordioso

tomó para aminorar el sufrimiento e impartir algún rayo de esperanza y alegría en la vida de los indigentes y angustiados.

Dios quería poner freno al amor excesivo a los bienes terrenales y al poder. La acumulación continúa de riquezas en manos de una clase, y la pobreza y degradación de otra clase, eran cosas que producían grandes males. El poder desenfrenado de los ricos resultaría en monopolio, y los pobres, aunque en todo sentido tuvieran tanto valor como aquellos a los ojos de Dios, serían considerados y tratados como inferiores a sus hermanos más afortunados. Al sentir la clase pobre esta opresión se despertaría en ella las pasiones. Habría un sentimiento de desesperación que tendería a desmoralizar la sociedad y a abrir la puerta a crímenes de toda índole. Los reglamentos que Dios estableció tenían por objeto fomentar la igualdad social. Las medidas del año sabático y del año de jubileo habían de corregir mayormente lo que en el intervalo se hubiera desquiciado en la economía social y política de la nación.

Estos reglamentos tenían por objeto beneficiar a los ricos tanto como a los pobres. Habían de refrenar la avaricia y la inclinación a exaltarse uno mismo, y habían de cultivar un noble espíritu de benevolencia; y al fomentar la buena voluntad y la confianza entre todas las clases, habían de favorecer el orden social y la estabilidad del gobierno. Todos nosotros estamos entretejidos en la gran tela de la humanidad, y todo cuanto hagamos para beneficiar y ayudar a nuestros semejantes nos beneficiará también a nosotros mismos. La ley de la dependencia mutua afecta e incluye a todas las clases sociales. Los pobres no dependen más de los ricos, que los ricos de los pobres. Mientras una clase pide una parte de las bendiciones que Dios ha concedido a sus vecinos más ricos, la otra necesita el fiel servicio, la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos, que constituyen el capital de los pobres...

Muchos insisten en que todos los hombres deben tener igualmente parte en las bendiciones temporales de Dios. Pero tal no fue el propósito del Creador. La diversidad de condición entre unos y otros es uno de los medios por los cuales Dios se propone probar y desarrollar el carácter. Sin embargo, quiere que quienes posean bienes de este mundo se consideren meramente administradores de sus posesiones, personas a quienes se confiaron los recursos que se han de emplear en pro de los necesitados y de los que sufren.

Cristo dijo que habrá siempre pobres entre nosotros; e identifica su interés con el de su pueblo afligido. El corazón de nuestro Redentor se compadece de los más pobres y humildes de sus hijos terrenales. Nos dice que son sus representantes en la tierra. Los colocó entre nosotros para despertar en nuestro corazón el amor que él siente hacia los afligidos y los oprimidos. Cristo acepta la misericordia y la benevolencia que se les muestre como si fuese manifestada para con él. Considera como dirigido contra él mismo cualquier acto de crueldad o de negligencia hacia ellos (El ministerio de la Bondad, pp. 182, 183).

Miércoles 7 de febrero: Nunca suficiente

Con sus tentaciones, Satanás se propone hacer muy atractivo al mundo. Por medio del amor a las riquezas y los honores mundanales, ejerce un poder hechizador para conquistar los afectos aun de aquellos que profesan ser cristianos. Muchos hombres que profesan ser cristianos harán cualquier sacrificio para obtener riquezas; y cuanto mayor sea su éxito en ello, menos amor tendrán por la verdad preciosa y menos interés por sus progresos. Pierden su amor por Dios y obran como locos. Cuanto más prosperan en la obtención de riquezas, tanto más pobres se sienten por no tener más, y menos quieren invertir en la causa de Dios.

Las obras de aquellos que tienen un insano amor por las riquezas, demuestran que no les es posible servir a dos señores, a Dios y a Mamón. El dinero es su dios. Tributan homenaje a su poder. En todos sus intentos y propósitos, sirven al mundo. Sacrifican su patrimonio de honor

por las ganancias mundanal es. Este poder dominante rige su mente, y ellos violarán la ley de Dios para servir sus intereses personales, para aumentar su tesoro terrenal.

Son muchos los que tal vez profesan la religión de Cristo, pero no aman ni prestan atención a la letra o los principios de las enseñanzas de Cristo. Dedicán lo mejor de su fuerza a empresas mundanales, y se inclinan ante Mamón. Es alarmante que sean tantos los engañados por Satanás, los que se entusiasman en su imaginación ante las brillantes perspectivas de ganancias mundanal es. Los domina la ilusión de alcanzar felicidad perfecta si pueden adquirir honores y riquezas en este mundo. Satanás los tienta con su cohecho seductor: "Todo esto te daré" (S. Mateo 4:9), todo este poder, toda esta riqueza, con lo cual puedes hacer mucho bien. Pero cuando obtienen el objeto por el cual trabajaron, no están ya relacionados con el abnegado Redentor que los haría participantes de la naturaleza divina. Retienen sus tesoros terrenales y desprecian la abnegación y los sacrificios requeridos por Cristo. No desean separarse de los caros tesoros terrenales a los cuales sus corazones se han aficionado. Han cambiado de señor; han aceptado a Mamón en lugar de Cristo. Mamón es su dios, y a él sirven (Joyas de los Testimonios, 1. 1, pp. 406, 407).

Hay muchos que corren desenfrenadamente tras los placeres y las riquezas del mundo porque piensan que así pueden encontrar la felicidad. Pero el placer y la riqueza no tienen la capacidad de producir una felicidad verdadera. Tampoco pueden hacerla la fama, la inteligencia o el ingenio. Los juegos de azar, el teatro o las carreras de caballos no pueden satisfacer el deseo del alma o quitar la tristeza del corazón, porque el ser humano no fue creado para satisfacerse de esta forma. Debemos decirles que las imperecederas glorias del cielo son infinitamente superiores a los goces y placeres de este mundo. Debemos hacerles saber qué clase de descanso, paz y libertad se encuentran en el Salvador, quien dijo: "el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás". Elevemos a Jesús, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Sólo él puede satisfacer los íntimos deseos del corazón y traer paz a la mente turbada. Ni el placer, ni las riquezas pueden hacerla. Ningún título, ni rango, ni poder, ni conocimiento tiene la capacidad de bendecir y sanar (Signs of the Times, Marzo 23, 1904).

Jueves 8 de febrero: Desnudo en el polvo

Los individuos pueden dedicar por completo sus vidas al objetivo de adquirir riquezas, pero así como no trajeron nada cuando llegaron al mundo, nada podrán llevar. Al morir, deben dejar todo lo que les costó tanto trabajo conseguir. Al tratar de obtener las cosas del mundo, ponen en riesgo sus intereses eternos y pierden ambos mundos. Muchos están tan decididos a ser ricos, que hacen de esto su único estudio; colocan en ello todo su celo y dejan de lado los asuntos eternos. Satanás los enceguece y los hace pensar que sus motivaciones son correctas. Sin embargo, muchos sacrifican los principios nobles y elevados, y aun su fe, en su carrera por las riquezas. Finalmente se dan cuenta que, aunque las logren poseer, éstas no les ofrecen la felicidad que buscaban. En lugar de ello, se llenan de problemas y perplejidad, y tanto ellos como sus familias se hacen esclavos de la avaricia. Todo lo que cosechan es ser "traspasados de muchos dolores" (1 Timoteo 6: 10) (Review and Herald, Marzo 4, 1880).

No es la posición, no es la sabiduría finita, no son las cualidades, no son los dones de una persona los que la colocan en eminencia en la estima de Dios. El intelecto, la razón, los talentos de los hombres son los dones de Dios que han de ser empleados para la gloria divina, para la edificación de su reino eterno. Lo que es de valor a la vista del cielo es el carácter espiritual y moral, y éste es el que sobrevivirá a la tumba y será hecho glorioso con inmortalidad por los siglos infinitos de la eternidad. La realeza mundanal, tan altamente hornada por los hombres, nunca saldrá del sepulcro en el que entra. Las riquezas, los honores, la sabiduría de los hombres que han servido a los propósitos del enemigo, no pueden proporcionar a sus poseedores una herencia, un honor, o una posición de confianza en el

mundo venidero. Tan sólo los que han apreciado la gracia de Cristo, que los ha hecho herederos de Dios y coherederos con Jesús, se levantarán de la tumba llevando la imagen de su Redentor (Mensajes Selectos, 1. 1, p. 303).

Hay muchos en este mundo que abandonarían los principios correctos para recibir una ventaja mundanal, ya sea en riquezas, poder o fama. Pero ¿qué ventaja tiene sacrificar lo celestial por recibir honor o riqueza terrenales? ¿Acaso se podrán llevar tales cosas a la tumba? La vida se pasa rápidamente y "¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" Debemos fijar nuestros ojos en algo más permanente: el hogar de los santos debe atraer todos nuestros afectos y desvelos, porque es una herencia incorruptible cuyo valor no se pierde (Signs of the Times, Julio 29, 1889).

Compilador: Dr. Pedro J. Martinez